



Dip. José L. Castellanos, acompañado de dos indígenas lacandones.

LOS INDIOS LACANDONES: SU VIDA Y SU HISTORIA

Por el Dr. MANUEL B. TRENS

Quien ha paseado la mirada en una carta geográfica del lejano Estado de Chiapas, ha visto que en la parte oriental de esa Entidad, en una considerable extensión de terreno que se extiende hacia el levante de la ciudad de Comitán y de la villa de Ocosingo, entre el caudaloso Usumacinta y el río Jataté, los invariables títulos de "Desconocida", "Desierto"; y esta extensión considerable de terreno que abarca gran parte de los antiguos Departamentos de Chilón y Comitán, por lo que respecta a Chiapas, y se extiende más al este del Usumacinta por terrenos del Distrito del Petén, de la vecina República de Guatemala, encierra en los misterios de sus selvas tropicales un número desconocido de ejemplares de raza indígena, los indios lacandones, indómitos y bravíos en pretéritos tiempos, y quizá lejanos descendientes de los autores de aquella brillante civilización que floreció en épocas lejanas en la ostentosa ciudad de Nachán, hoy ruinas del Palenque.

En los misterios de esas selvas exquisitamente lujuriosas, cuyas potentes energías vitales se manifiestan en esa vegetación tan espléndidamente bella, en ese tejido inextricable de lianas que entorpecen los senderos artificiales, en esa infinita variedad de flora tropical de muchas especies desconocidas, parece aún flotar en el ambiente la leyenda hecha esencia y transformada en fragante perfume selvático de las páginas alegóricas del Popol-Vuh, biblia sagrada del pueblo quiché, o las tradiciones heroicas, brillantes, que invitan al ensueño, conservadas por los viejos patriarcas del suelo chiapaneco y

que suelen relatar en los atardeceres de su aldea descubriendo los secretos o los emblemas de la corte que afirmó sus reales en Nachán y cuyo recuerdo atestiguan esos desconchados y vetustos edificios en cuyos muros crecen árboles añosos que parecen beber con presura la savia que guardan esas ruinas llenas de misterio, de sapiencia y de orgullo, pues atesoran en sus caprichosos signos calculiformes el secreto de un pueblo que desapareció legándonos un enigma que hasta hoy nos es indescifrable.

Es probable que los manes de Votán, "el señor del palo hueco", aún vaguen por esos desiertos tan solo transitados por las fieras, para visitar esas familias errantes de indios lacandones eternamente arrullados por el murmullo de los arroyos, por la sinfonía silvestre del céfiro o por el zumbido majestuoso del quetzal que, trazando policroma parábola, se hunde en el manto glauco de la verdura para disfrutar de su ansiada libertad.

En los ratos en que suele mi espíritu abstraerse de todo lo que lo rodea y se entrega a profunda meditación, pasan por mi mente las esplendorosas remembranzas del arcaico imperio palencano con sus legendarios votánides y su brillante civilización cuyos vestigios aún se observan en esas ruinas seculares que soberanas se ierguen en el Estado de Chiapas, dando hoy por su abandono, madriguera quieta y tranquila a las sabandijas y fieras de la selva.

¿Qué pueblos misteriosos radicaron antaño en lo que hoy tan solo son ruinas?.....

¿Quién puede descubrir el arcano que, por desgracia, nos oculta a esos pueblos?.....

La Historia es la llave de oro que nos abre las puertas del pretérito y nos lo señala tal cual fue; pero el pretérito que corresponde a las razas admirables que fueron las que construyeron y poblaron las ruinas chiapanecas, se oculta en la densa obscuridad de los siglos y en el polvo de un pasado antiquísimo.

De esas lejanas épocas, arrulladas antaño por el melancólico vagido arrancado a las *chirimías* y por el ronco y lúgubre ulular de los caracoles guerreros, los *teponaxtles* y los *tunku-*

des, tan solo sabemos corto número de hechos reales y las hipótesis se encargan de bordar en el canevá de la historia los datos de sus orígenes.

El pergeño histórico que tengo el honor de presentaros no es más que el relato sencillo que he hurgado en las pocas fuentes que existen acerca del asunto que me ocupa. La región en donde moran los indios lacandones, regada por el caudaloso Usumacinta, el río Jataté y los afluentes el Chacamás, el Chocojá, el Butzjá, el Lacantún y otros de no menos importancia, nos es del todo desconocida, pues hasta hoy no ha sido explorada y estudiada como se merece, y no obstante el ingente incentivo que ofrece su exploración al arqueólogo, al geólogo y al historiador, salvo contados extranjeros que la han explorado, para nosotros sigue siendo una interrogación.

A mí, que desde que empecé a hacer estudios históricos de Chiapas me ha seducido el atrayente misterio de esas selvas majestuosas, no pude menos que escoger este sencillo estudio como tema para presentároslo a vuestra ilustrada y benévola consideración en acatamiento a los estatutos que nos rigen, teniendo en cuenta que al ofrecéroslo también os ofrendo recuerdos para mí muy gratos, pues quien ha presenciado la majestuosidad de las selvas chiapanecas, selvas casi impenetrables; quien ha recorrido sus peligrosos caminos de herradura y ha bordeado los abismos en cuya sima rugen fréneticos los ríos y los arroyos de aguas azuladas en cuyos penachos de espuma burbujeante se reflejan los variados colores del iris; quien ha presenciado los furiosos vendabales y los torrentosos aguaceros conmoviendo a la selva modulando un himno sinfónico sublime y pavoroso, no puede menos que grabar eternamente en su mente esas gratísimas impresiones con las que hoy matizo mis descripciones ajustándolas a la más estricta verdad histórica.

Valga lo precedente de prólogo y entremos en materia para no hacer el trabajo cansado y exponerme a fatigar vuestra atención.

Los indios lacandones, seres humanos profundamente apegados a sus antiguas y primitivas tradiciones por la fuerza irresistible del atavismo, radican en la parte oriental del

Estado de Chiapas, en pleno corazón de la selva, desde tiempos lejanísimos, conservándose durante la época colonial y hasta nuestros días completamente sustraídos de la civilización y regidos por sus arraigadas costumbres y hábitos, aunque acusando ya la degeneración racial.

¿Cuál fue su origen?, pregunta es esta que hasta hoy no podemos contestar satisfactoriamente.

En Chiapas existe la tradición de una inmigración efectuada en tiempos remotísimos encabezada por Votán; pero las desavenencias surgen cuando se trata de señalar el origen de estos inmigrantes. Diego de Landa, aquel obispo atrabiliario de Yucatán, cree que se compuso de judíos; el Padre Lizama, franciscano que radicó en la tierra del Mayab, se inclina a creer que fue formada por cartagineses y dice que las inmigraciones fueron dos: una muy considerable que vino por el occidente y otra menos que vino por el oriente, a lo que opina el historiador Eligio Ancona que el fundamento de esta tradición descansa en una conjetura que Lizama sacó de las voces *Cen-ial* y *Noh-en-ial* con las que se pretende que los antiguos mayas designaban el oriente y el occidente, palabras que no cuentan con la autoridad de los diccionarios que se han hecho de la lengua maya, y en fin, el barón de Humboldt creyó que Votán pudo haber sido un buda que vino a predicar su religión.

En medio de estas dudas no es posible encontrar la resolución en los anales de los pueblos antiguos, en primer lugar por el desconocimiento que tenemos de la escritura jeroglífica calculiforme, y en segundo lugar porque el celo religioso de algunos misioneros, que creían ver en los objetos de los indios la influencia del demonio, condenó a la hoguera gran número de documentos que se perdieron para siempre ocasionando un grave daño a la Historia, no obstante la labor que estos misioneros desarrollaron después apuntando cuanto habían visto y cuantas tradiciones habían oído. A esto se debe el que la historia de los actuales Estados de Yucatán, Campeche y Chiapas presente no pocas dificultades y muchos puntos oscuros, pues Diego de Landa en el pueblo de Maní y Fray Francisco Núñez de la Vega en el de Huehuetán condenaron al fuego numerosos documentos y objetos indígenas.

Este último personaje citado afirma que encontró cierto calendario en lengua indígena en el que se mencionan los nombres de veinte señores o jefes de familia de quienes descienden los chiapanecos, siendo de estos personajes el más célebre Votán, de quien se dice halló su historia en un cuadernillo separado en donde lo representaban por un árbol llamado ceiba y a quien veneraban como corazón del pueblo con el nombre de Teponaguaste (señor del palo hueco.)

Pero no hay que perder de vista que los cronistas españoles tuvieron por costumbre, muchos de ellos, ajustar nuestras antigüedades a las relaciones bíblicas y por tanto no es extraño que el obispo Núñez de la Vega haya querido hacer de los nombres de los días del calendario tzendal personajes venidos de las llanuras de Senaar o de las altas mesetas del Asia central.

Ocupándonos tan solo de Votán, oigamos lo que la tradición dice de él y que nos dejó consignada el incansable coleccionista chiapaneco D. Flavio A. Paniagua: "Como caudillo, al frente de su pueblo, dejó las regiones del Asia central, empujado quizá por las hordas arianas que se esparcieron por ellas y emigró hacia el Occidente dejando al pasar por el Africa boreal, en las bocas del Nilo, los mismos gérmenes de raza que trajo consigo hasta las marismas de Yucatán, y después hasta las riberas del Usumacinta. La tradición está con esto conforme, y se halla apoyada por el estudio comparativo de la arqueología y la hierogenia maya-quiché y egipcia. Los mayas recordaban haber venido en barcos por el Atlántico, la gran bajada que la decían, y Votán se representa también llegando en barcas a Tabzcoob. Votán para los mayas era el padre de Zamná y éste era entre ellos un personaje como Votán, caudillo y hierofante.

Por otra parte, los terramares de Yucatán demuestran los hechos y las pirámides y la bóveda triangular recuerdan el Egipto, así como los bajo relieves los palacios de Asia. La zoolatría y el animismo son también pruebas del origen común de los maya-quiché y egipcios cuyas costumbres semejantes se modificaron por la influencia del medio.

Votán como caudillo de *chanes* o culebras, funda la ciudad

de Nachán; somete a los pueblos de los alrededores; les impone su cultura; los funde en uno solo y echa las raíces de un nuevo y vasto imperio, en que la teocracia fué la primera forma de gobierno fundando en Teopixca la dinastía de los votánidas.

Son sus sucesores y herederos de su nombre los que lo enaltecieron y es Chay-Abah, el jefe de los guerreros de obdiana, el que sostuvo su teocracia.

Tal tradición que tiene mucho de discutible por lo que se refiere a los egipcios; es aceptada, hipotéticamente hablando, por lo que respecta a Votán.

Pero como mi objeto es referirme a los lacandones voy a dejar a un lado estas disquisiciones arqueológicas y voy a abordar el asunto desde los tiempos que caen ya bajo el dominio de la historia.

En esos tiempos nos encontramos la tradición de una antiquísima invasión ulmeca y otra tolteca, siendo esta última la que produjo la dispersión de los habitantes de Nachán, y quizá de esa época parta el establecimiento de los lacandones en las vegas del río Lacantún.

Posteriormente nos encontramos a Chiapas dividida en cinco provincias: Chiapas, los Llanos, Tzendales, la de los Zoques y la de Soconusco, y habitada por los siguientes pueblos: los tzendales, subdivididos en tzendales propiamente, tzotziles o quelenes, choles, chortis y mopanos, ocupando los primeros las provincias de tzendales y llanos, principalmente el nores-te, los tzotziles, que en tiempos posteriores fueron llamados por los mexicanos tzinacantecos, ocuparon la región central, y los últimos la oriental, abarcando terrenos de la hoy nación guatemalteca; los zoques ocupaban la región de su nombre, situada en lo que formaron los antiguos Departamentos de Tuxtla, Mezcalapa y Pichucalco; los lacandones, en el lugar que he señalado; los mames y los cakchiqueles en el Soconusco, y muy posteriormente los chiapa en la región de su nombre, donde floreció la ciudad de Socton Nandalumi.

Ya en épocas muy cercanas a la conquista, hacia 1482 Chiapas fue invadido por los mexicanos los que conquistaron a casi todos los pueblos, excepción hecha de los chiapa y los lacan-

dones, permaneciendo estos últimos en lo intrincado de las selvas.

La conquista de Chiapas por los españoles fue comenzada por el capitán Luis Marín en 1524 y realizada en 1527 por el capitán Diego de Mazariegos. Al ser conquistada se fundó el gobierno de Soconusco, dependiente de la Corona y la Alcaldía Mayor de las Chiapas con residencia en lo que andando los años fue Ciudad Real, dependiente del reino de Guatemala.

Por esos tiempos firmaba D. Francisco de Montejo, padre, la capitulación para conquistar Yucatán, y convencido algún tiempo después de lo difícil que le era la conquista de ese lugar por el oriente abandonó la península dejando a Alonso de Avila en Salamanca, pueblo situado cerca de la laguna de Chetumal, y se encaminó para México en donde aconsejado por Cortés que emprendiera la conquista por el occidente y habiendo sido nombrado por la primera Audiencia en 1528 Alcalde Mayor de Nuestra Señora de la Victoria, en Tabasco, despachó a su hijo para que fuera por agua hacia aquel lugar, encaminándose él por tierra en abril de 1529.

Avisado Avila, salió rumbo a Tabasco en donde en compañía de Montejo, padre, y Alonso de Luján emprendieron la marcha para la provincia de Acalán. En Teapa se enfermó Montejo, deteniéndose la marcha por esta causa. y como el Alcalde Mayor de Chiapas, D. Juan Enríquez de Guzmán se encontrara en Ixtapangajoya, lugar cercano a Teapa, aprovechó esta circunstancia para visitar a Montejo, aconsejándole que entraran a Acalán por la parte de Chiapas, consejo que fue aceptado; pero como Montejo desistiera del viaje, lo ejecutaron Avila y Luján. Estos en compañía de Enríquez se dirigieron a Chiapa de los indios y luego a Villa Real, partiendo después por la provincia de Tzendales hacia el lugar objetivo de su viaje.

Estos fueron los primeros conquistadores que penetraron a las selvas de los lacandones, a los que encontraron en una isleta situada en una laguna; pero como el objeto que llevaban era la conquista de Acalán hacia allá continuaron, llegando a sus fronteras después de vencer innúmeras dificultades y sortear serios peligros.

El adelantado Pedro de Alvarado a su llegada a Guatemala en 1536 organizó una expedición para la conquista de Puchutla y lacandones poniéndola a las órdenes del capitán Francisco Gil y del maestro de campo Lorenzo de Godoy. Esta expedición penetró al terreno de los lacandones, se apoderó de Puchutla, recorrió las riberas del río Tanochil y encontró a los lacandones en estado salvaje, los que se fugaron a lo intrincado de la selva dejando abandonados sus pueblos. El capitán Gil resolvió fundar un pueblo a orillas del Usumacinta, fundando el de San Pedro Tenosique; pero sabedor Montejo, hijo, que ocupaba el gobierno de Tabasco, del suceso, salió al encuentro de Gil y le hizo notar que se encontraba en terrenos que le correspondían a su padre en virtud de capitulación, logrando convencerlo y sumarlo con su gente a las tropas del Adelantado de Montejo.

Estando gobernando la diócesis chiapaneca Fray Bartolomé de las Casas instó a la Corte a que ordenara la agrupación de los indios en pueblos para que más fácilmente se les doctrinara y fueran adquiriendo hábitos civilizados, siendo expedida la Real Cédula fechada en Madrid a 10 de junio de 1540 y dirigida al Gobierno de Guatemala para que la cumpliera, comenzándose a llevar a la práctica hasta 1549 debido a los esfuerzos del juez Gonzalo Hidalgo de Montemayor.

Los indios lacandones reacios por abandonar sus selvas y no habiendo sido conquistados por los españoles no entraron en esta disposición; pero no conformes con esto comenzaron a hostilizar a los poblados y a cometer horribles atropellos con sus moradores, indios tzendales conversos y sometidos al yugo del conquistador. Estas correrías se hicieron frecuentes sembrando el pánico entre los pobladores, pues quedaban los pueblos materialmente arrasados y sus habitantes, los que no apelaban a la fuga, horriblemente martirizados y asesinados sin conmiseración. La matanza y destrucción más espantosa acaeció en 1552 en varios pueblos situados en las cercanías de las selvas habitadas por estos feroces indígenas.

En 1555 se sublevaron los indios de la provincia de Acalán, y como éstos habían sido convertidos a la fe católica por Fr. Domingo de Vico, a la sazón Prior del convento de Santo

Domingo en Cobán, resolvió salir para sujetarlos de nuevo. Las de Acalán previendo esta determinación se pusieron de acuerdo con los lacandones y resolvieron asesinar al misionero, lo que efectuaron, matando también a Fr. Andrés López compañero de Vico.

Todos estos sucesos hicieron que el Vicario general de la diócesis de Chiapas, Fr. Tomás Casillas se determinara a salir en busca de los infieles, lo que hizo en 1552; pero habiendo matado los lacandones a los mensajeros y a dos españoles que iban con ellos, mandados por el señor Casillas, éste se regresó dando cuenta a la Audiencia de Guatemala de lo acaecido. Pero habiéndole contestado la Audiencia, según afirma Villagutierre, que no tenían orden del rey para hacerle la guerra a los indios, y en vista de que la sublevación había cundido a otros pueblos, representó ante la Corte exponiendo los males y peligros apuntados.

Estudiado el asunto en el Consejo de Indias fue expedida en Valladolid la cédula de 22 de enero de 1556 dirigida a la Audiencia pidiéndole informes y ordenándole pusiera remedio a lo señalado. Pero como pasaba el tiempo y no se tomaba ninguna determinación, el señor Casillas continuó representando al rey los serios inconvenientes de la situación, representación que fue reforzada por los informes rendidos al Consejo por los frailes dominicos de Chiapas, en vista de lo cual se expidió la cédula de 16 de marzo de 1556 dirigida al Presidente y Audiencia de Guatemala ordenándoles se enviara una expedición con gente armada para que sometieran y trasladaran a los indios a puntos distantes de sus tierras, debiendo hacerles la guerra en caso necesario. Esta cédula fue publicada en 19 de enero de 1559, tomándose desde luego las necesarias disposiciones para su cumplimiento.

Organizada la expedición, para la cual había librado el Rey \$5,500 de oro de minas, fue nombrado Capitán General el Lic. Pedro Ramírez de Quiñones, Maestro de Campo, Juan de Guzmán y Alférez Real, Nicolás López de Izárraga. La expedición fue formada por españoles y por indios de Chiapas y Guatemala. Entre los nobles que se alistaron figuraron Carlos Bonifaz, Carlos Arellano, Felipe de Mendoza, Juan Váz-

quez Coronado, Gaspar Arias Dávila, Gaspar Arias Hurtado, Alvaro Donego, Gaspar Pérez Barillas, Alonso Gutiérrez Monzón, Juan de Morales, Juan Méndez Sotomayor, Gregorio de Polanco, Melchor Ortiz de la Fuente, Alonso Hidalgo, Sancho de Barahona, Pedro de Barahona y Francisco Bañuelos. Cada uno de los citados llevó dos o tres soldados, estando todos mandados por el capitán Gonzalo Dovalle; además iban 600 indios de Chiapa, 200 de Zinacantán y 100 de Guatemala.

Todos se reunieron en Comitán, en donde se encontraba Fray Tomás Casillas, quien bendijo la expedición. Esta salió inmediatamente llegando después de 15 días de penosas marchas a una laguna en la cual había un peñón que daba asiento a la población.

Fue asentado el Real en la tierra firme y llegaban hasta él los indios lacandones diciendo que querían la paz y la amistad de los españoles; pero tales peticiones eran falaces, pues cuando los españoles les pidieron canoas para que pasaran a la población, los indios, no obstante tenerlas en abundancia, alegaron que solo tenían unas cuantas y muy pequeñas que pusieron a su disposición, no siendo aceptadas por desconfianza.

Las tropas expedicionarias construyeron un bergantín, para lo cual habían llevado lo necesario, en el que se embarcaron y surcaron la extensa laguna, determinando esto la inmediata fuga de los indios y el abandono de la población. Los españoles, ayudados eficazmente por los indios de Chiapa, cogieron 150 prisioneros entre los que se contaron el cacique y el sumo sacerdote.

La población fue destruída y abandonada continuando la expedición para el pueblo de Totiltepec habitado por lacandones, quienes sabedores del suceso esperaron a los expedicionarios en un punto estratégico del camino posesionándose de una estrecha cañada desde donde recibieron a flechazos a sus enemigos, causándoles numerosos heridos y la confusión consiguiente; pero respuestos de la sorpresa iniciaron el ataque contra los indios a los que causaron bajas y pusieron en fuga, persiguiéndolos algún trecho Gabriel de Mexía con 20 españoles y 100 indios. Continuando al avance se posesionaron del

pueblo, al que también destruyeron, apoderándose de los víveres que encontraron.

Continuó la marcha hacia el pueblo de Pochutla o Puchutla, igualmente habitado por estos indios y situado en una laguna la cual pasaron los españoles en balsas y los indios auxiliados al nado, siendo recibidos a flechazos por los lacandones. La lucha librada fue tenaz y cruenta; pero al fin los estampidos de los arcabuces sembraron el espanto en los indios y los pusieron en fuga.

Después de la toma de este pueblo, y sin que sepamos cuál fue la causa de tal determinación, el jefe de la expedición dió orden de emprender el regreso para Guatemala, lo que se verificó, retornando por Comitán.

Los prisioneros hechos fueron más de 200 y casi todos ellos se fugaron de Guatemala regresando a la selva a unirse con sus compañeros.

Es menester consignar que el Lic. Ramírez al emprender los preparativos de esta expedición pidió socorros a Mérida de donde salió rumbo a Acalán el capitán Francisco Tamayo Pacheco con 40 soldados; reuniéndose a Ramírez después de prolongada y penosa marcha, retornando a Yucatán al regreso de Ramírez para Guatemala.

Ningún fruto se obtuvo de esta expedición, pues a poco los indios retornaron al peñón y en sus pueblos abandonados, reedificaron sus casas y volvieron a su mismo género de vida.

En 1564 el misionero Fray Pedro Laurencio determinó ir personalmente a convencerlos haciendo el viaje acompañado únicamente de 10 indios, que se adelantaron para participarle al cacique lacandón el próximo arribo del fraile. Este fue recibido; pero al comenzar su predicación se vió en inminente peligro de ser muerto, determinando abandonar el pueblo, cosa que hizo ayudado por el cacique.

En la "Historia de San Vicente de Chiapas y Guatemala" escrita por Valenzuela y citada por D. Manuel Larrainzar en su obra "Historia de América, sus Ruinas y Antigüedades", tomo I, página 7, se dice que la villa de Ococingo fue fundada por el P. Laurencio con indios lacandones que él convirtió al cristianismo después de la muerte del P. Vico, y que el pue-

blo de Palenque también lo fundó el citado misionero Laurencio, allá por los años de 1563 y 64, con indios lacandones. No he podido comprobar este acerto, por lo que me limito a exponerlo, citando las fuentes en donde lo encontré referido.

El inquieto poco veraz fraile Tomás Gage, que llegó a Nueva España a fines del primer cuarto del siglo XVII, estuvo en Guatemala y nos dejó relatados en su crónica que escribió de sus azarosos viajes ciertos datos que se relacionan con el asunto de que me ocupo.

Nos relata que un fraile Francisco Marón acompañado de 203 indios recorrió la extensa zona ocupada por los indios gentiles, llegó hasta Campín (ignoro su situación) y retornó, haciendo lenguas de la dulzura y humanidad de los indios.

Que habiendo llegado el fraile al convento de dominicos de Guatemala se resolvió que hicieran otro viaje acompañándolo Gage, con 50 soldados españoles y 100 indios auxiliares. La expedición salió para Cobán, capital de la provincia de Verapaz y penetró a la selva, donde a poco andar encontraron unos pequeños poblados en los que fueron informados de la proximidad de un pueblo grande y de importancia, a donde se dirigieron, pernoctando antes de llegar a él en la selva donde fueron objeto de un rudo ataque por parte de los indios, ataque que los determinó a retornar más que de prisa a Cobán y Guatemala, en donde al buen fraile irlandés lo dejamos nuevamente entregado a la tranquila vida conventual, hojeando sus libros de filosofía, materia de la que era mentor.

Yo pongo en duda este relato así como el anterior que se refiere al P. Laurencio, pues lo vemos abandonando violentamente el poblado de lacandones por temor a ser muerto, y ante ese fracaso no me explico como haya podido fundar pueblos con lacandones convertidos y amasandos por él. Y con respecto al relato de Gage salta a la vista su poca veracidad al referirse a la dulzura y humanidad de los infieles, cuando él mismo nos dá la prueba de lo contrario, y los relatos que se conservan de las expediciones dirigidas contra los lacandones nos atestiguan su ferocidad y su implacable odio.

Hacia 1618 penetraron a estas selvas los misioneros Juan de Orbita y Bartolomé Fuensalida; pero como la labor de es-

tos frailes tuvo por único objeto la predicación y conversión de los itzaes tan solo me limito a citar el suceso.

Nos dice Villagutierre que el 29 de marzo de 1639 fue expedida una real cédula en la que se ordenaba la pacificación y conversión de los infieles lacandones; pero durante más de la mitad de ese siglo nada se hizo para obtenerla. Fue en 1676 cuando se expidieron nuevas cédulas dirigidas al Presidente y al Obispo de Guatemala y al Alcalde Mayor de Verapaz para que la realizaran.

En 1682 el Adelantado del Próspero, D. Diego Vera Ordóñez de Villaquirán, Alcalde Mayor de Chiapas, entró a las montañas del lacandón con el objeto de castigar a unos indios que se habían sublevado en la provincia de Yucatán, y también con el objeto de pacificar a los indios que encontrare; pero no obstante, sus deseos fueron fallidos, pues no hay noticia de que hubiere hecho algo.

Gobernando Yucatán en 1684 D. Juan Bruno Tello de Guzmán, trató este mandatario de realizar la reducción de los indios infieles de la región del lacandón y para este fin ordenó la apertura de un camino que comunicara a Yucatán con Guatemala. Ocho leguas de camino se lograron abrir, formando un reducto al final de las obras emprendidas guarnecida por 30 soldados a las órdenes del Capitán Juan del Castillo. Esta fue otra intentona que fracasó, pues no se tiene noticia alguna del provecho que haya rendido.

En el año citado precedentemente, y a instancias del Presidente de Guatemala, D. Enrique Enríquez de Guzmán, se una junta compuesta del Obispo, el P. Maestro Fr. Juan de Venegas, Vicario general de la Merced, el P. Maestro Fr. Agustín Cano, Provincial de Santo Domingo, el P. Maestro Fr. Diego de Ribas, Provincial de la Merced, y los Oidores de la Audiencia con el objeto de formar el plan que debía seguirse para la consecución de la total pacificación de los Indios, acordándose la distribución de religiosos dominicos y mercedarios por diferentes lugares, los que habían ser ayudados por las autoridades civiles para el mejor logro de la empresa.

A principios de 1685 salieron con rumbo a Verapaz Fray

Agustín Cano, y con dirección a Huehuetenango Fray Diego de Ribas y otros dominicos.

El primero citado logró formar un paraje que denominó San Lucas, con indios choles, paraje que llevó una vida lánguida y sin provecho. Respecto al segundo, de Huehuetenango pasó el pueblo de Chiantla, dirigiéndose después al de Santa Eulalia; mas viendo que los indios de ahí y los de San Mateo Ixtlán no querían ir a la expedición, retiróse a San Pedro Soloma en espera de la determinación de la Audiencia, a la que había comunicado las dificultades. Resueltas estas por D. Melchor de Menco, Corregidor del partido, retornaron los misioneros de Santa Eulalia, saliendo al fin para la expedición el 8 de marzo de 1685. Fue tomada por el P. Ribas y los predicadores Fr. Alonso de León y Fray Mateo de Figueroa, diez españoles y varios indios de Santa Eulalia y San Mateo. Después de quince días de marcha encontraron huellas de los indios, sorprendiendo a ocho de ellos que se dieron a la fuga; poco tiempo después descubrieron en la falda de una loma varios penachos de humo, y la comisión que descubrió tales señales y que se había adelantado de los expedicionarios, retornó al sitio donde éstos se encontraban, donde cuenta de su hallazgo, lo que determinó el inmediato retorno a Huehuetenango de los dominicos terminando la expedición. Fue ésta a no dudarlo una de las más estériles y que tan solo sirvió para poner de manifiesto que ya habían desaparecido las falanges de abnegados misioneros que tan brillantes huellas dejaron esculpidas en los anales de nuestra historia.

Desde Huehuetenango el P. Ribas comunicó al Presidente de Guatemala lo que había observado y de lo oportuno que sería fundar una población en las vegas del río Lacantún.

En vista de que los indios continuaban en su mismo estado y que nada se había hecho a pesar de las órdenes libradas con el fin de lograr su reducción, en 1686 fueron expedidas nuevas cédulas reales a los Gobiernos de Guatemala y Yucatán para que pusiesen especial cuidado en tratar de realizar la tan deseada reducción y conversión de los indios.

Los Gobiernos citados ordenaron la publicación de bandos para convocar a los que quisieran hacer esa reducción a su

costa con el fin de que presentaran sus solicitudes en las que manifestaran las mercedes que pedían al Rey en recompensa de los servicios.

Uno de los que se dirigió al Consejo de Indias en demanda de patente para hacer la conquista de los lacandones fue el capitán D. Juan de Mendoza pidiendo además 50 hombres armados y pagados y la concesión del título de Cabo y Sargento Mayor.

Don Enrique Enríquez de Guzmán, que había entregado el Gobierno de Guatemala y se encontraba en la Corte por esta época, rindió un amplio informe al Consejo, que sirvió para que éste acordara en 24 de noviembre de 1692 que la reducción se hiciera entrando simultáneamente a los terrenos de los infieles por la provincia de Verapaz, por la de Huehuetenango y por la de Chiapas, con el objeto de cercar a los indios lacandones y choles. Se ordenaba que al recibir los gobiernos de Yucatán y Guatemala la cédula del Consejo se notificara a los Provinciales para que se dispusiesen del número de frailes necesarios destinados a la expedición, previniendo fuesen de los primeros Fray Agustín Cano y Fray Diego de Ribas. Que se nombrase al capitán D. Juan de Mendoza para que penetrase con la gente armada a su disposición por el lugar que fuese más arriesgado, pero debiendo tener muy presente lo dispuesto en la cédula. "Y que se tuviese entendido que la Gente, que avía de llevar este Cabo, solo avía de servir para la Escolta, y seguridad de los Religiosos, y no para hazer Guerra a los Indios; porque era la voluntad del Rey, que el reducirlos a la Fe y Política, fuese solo por el medio de la Palabra Evangélica, y no por otro alguno de violencia, u debelación."

Recibidas las cédulas se comenzaron a hacer los preparativos; más habiendo sido suspendido del gobierno de Guatemala D. Jacinto de Barrios Leal fueron interrumpidos.

Por carta de fecha 30 de junio de 1692 el Sargento Mayor D. Martín Urzúa y Arizmendi, a quien se había hecho merced de la futura del gobierno de Yucatán, ofreció al Rey reducir a los indios infieles que se encontraban entre las provincias de Yucatán y Guatemala, comprometiéndose también a abrir

un camino que comunicara a estos lugares y que los gastos de la empresa los haría a su costa. Pedía se le despacharan las cédulas para que se hiciera cargo del gobierno de Yucatán, se librasen cédulas al Obispo de Yucatán y Provincial de San Francisco para que le proporcionasen los ministros necesarios, al Presidente de Guatemala para que ordenase a los jueces y alcaldes le diesen ayuda y al Virrey de Nueva España para que le ayudase y le proporcionase víveres, municiones y otros útiles indispensables, y en fin, que se le permitiese nombrar los Cabos de la expedición.

Aceptada la oferta y libradas las órdenes pedidas, así como las instrucciones para la apertura del camino, la expedición no se llevó acabo en todo lo restante de 1693, ni gran parte de 1694, pues para realizarse necesariamente tenía Urzúa que hacerse cargo del gobierno de Yucatán, para lo cual no recibió sus cédulas

Por este tiempo se encontraban en misión por el reino de Guatemala dos franciscanos abnegados y valerosos, dos misioneros en la verdadera acepción de la palabra, que después de haber recorrido Tabasco y gran parte de la provincia de Chiapas se habían dirigido a Guatemala. Eran estos Fray Melchor López y el famoso Fray Antonio Margil de Jesús.

Habiendo sido instalados por el Alcalde Mayor de Cobán y por dos frailes radicados en Verapaz para que trataran de hacer la conversión de los indómitos lacandones, los misioneros referidos, tan solo acompañados de nueve indios de Cobán como guías, se encaminaron a la selva allá por febrero de 1694 (Villagutierre dice que en 1692), en donde les aguardaban grandes sufrimientos, peligros y privaciones. Los guías, temerosos de los lacandones, se limitaron a engañar a los misioneros llevándolos a todas partes menos a los lugares en donde vivían los infieles; pero descubierta el engaño y reemplazados, al fin encontraron un pueblo de lacandones a donde penetraron provocando la fuga de los habitantes, los que al darse cuenta de que no había gente armada regresaron profiriendo alaridos y amenazas y golpeando despiadadamente a los misioneros y a los guías

Calmada la excitación de los indios y enterados por señas

de la misión que los frailes llevaban les dieron alimentos y alojamiento en una choza; pero tan pronto comenzaron éstos la predicación nuevamente fueron el blanco del furor de los infieles, quienes resolvieron matarlos, manteniéndoles aprisionados durante 5 días, al cabo de los cuales determinaron cerciorarse de la veracidad de lo afirmado por los franciscanos mandando a varios de los del pueblo a Cobán en unión de Fray Margil para inquirir la verdad de la expedición y reteniendo en rehenes a Fray Melchor.

Doce fueron los lacandones que salieron para Cobán en donde fueron objeto de atenciones, cerciorándose de la verdad de lo aseverado por los misioneros; pero desgraciadamente, quizá por el cambio de vida, alimentos o clima murieron diez, y los dos restantes se dirigieron violentamente a su poblado informando de la pérdida de sus compañeros, noticia que produjo un serio peligro para Fray Melchor. Sabedores los lacandones de que Fray Margil se dirigía al pueblo le salieron al encuentro maltratándolo y robándole los objetos de mercería y quincallería que llevaba con el objeto de obsequiar a los indios; pero venciendo los obstáculos que se le presentaron pudo reunirse con su compañero, resolviendo ambos retornar en vista del fracaso sufrido por la invencible contumacia de los indígenas.

A fines de 1694 fue repuesto en el gobierno de Guatemala D. Jacinto Barrios Leal y en vista de los informes de los misioneros citados y de las insinuaciones de muchas personas determinó proceder a la reducción, y para el efecto convocó a una junta a las autoridades, ministros religiosos y principales vecinos para acordar la manera de llevarla a cabo, resolviéndose que se efectuara a principios de 1695, que la entrada a las selvas se hiciera por Verapaz, Huehuetenango y Chiapas, que se convocara a la gente para que se alistaran los que voluntariamente quisieran ir, que se expidiesen despachos a los obispos y provinciales de las comunidades religiosas para que ayudasen a la expedición, que en vista de encontrarse ausente el capitán Mendoza, designado por real mandato para mandar la expedición fuese nombrado su sustituto por el Presidente y en fin, que se diese aviso a D. Roque de Sobe-

ranis y Centeno, Gobernador de Yucatán, para que se sumara a la empresa.

Terminados los preparativos de la expedición el señor Barrios Leal determinó ponerse al frente de la gente que entraría por Chiapas, eligió para Cabo de los que entrarían por Verapaz al Capitán Juan Díaz de Velasco y nombró al Capitán D. Tomás Mendoza y Guzmán para Cabo de los que penetrarían por Huehuetenango. También nombró a D. Bartolomé de Amézquita Asesor general y Auditor de guerra y además lo invistió con el grado de Teniente de Gobernador y Capitán General para que lo supliera en caso de accidente o enfermedad.

Antes de su partida supo el Presidente que D. Roque de Soberanis había sido excomulgado por una controversia que sobre límites de jurisdicción había sostenido contra las pretensiones del Obispo de Yucatán, y como fuera suspendido del gobierno por el Oidor D. Francisco Sarasa, el Virrey, Conde de Galve, había nombrado a D. Martín Urzúa para que recibiera el gobierno. En vista de esto comunicó a Urzúa la salida de la expedición encargándole contribuyera a su éxito.

Habiendo ordenado con anterioridad la salida del Capitán Mendoza y la de D. Bartolomé Amézquita para Comitán, salió al frente de la gente la tarde del 17 de enero de 1695. En Huehuetenango se reunieron a la expedición Fray Diego de Ribas, Fray Agustín Cano, Fray Margil de Jesús, Fray Pedro de la Concepción y otros religiosos, así como 50 hombres a las órdenes del capitán Melchor Rodríguez Manzanero.

De Huehuetenango salió para Santa Eulalia en donde reclutó más indios y dispuso saliera para Comitán el capitán Tomás Alvarado con suficiente gente, saliendo el 3 de febrero para San Mateo Ixtlán en donde dispuso permaneciera el capitán Melchor Rodríguez con su compañía y 162 indios reclutados, para que por allá hiciera su entrada a la montaña.

Después de estas disposiciones salió el grueso de la expedición para Comitán, lugar en donde el Presidente acordó en junta hacer su entrada por Ococingo a donde se dirigió, adelantando al capitán Mendoza y disponiendo se quedara en Co-

mitán el capitán Díaz de Velasco. La llegada a Ococingo se verificó el 12 de febrero, encontrando en la dicha Villa a la gente de Tabasco y Ciudad Real que iban a la expedición a las órdenes del Capitán Martín Urdanis.

La gente fue dividida en cinco compañías de españoles y cuatro de indios repartidas de la siguiente manera: una al mando del capitán Díaz de Velasco que entraría por Verapaz llevando por religioso a Fray Agustín Cano, con quien iría una de indios; otra de españoles con el capitán Melchor Rodríguez que entraría por Huehuetenango y otra de indios con Fray Diego de Ribas, y las otras restantes entrarían por Ococingo a cargo de los capitanes Nicolás de Valenzuela, Lorenzo Morador y Tomás Mendoza.

Véamos lo que hizo cada uno de los grupos en que fue dividida la expedición. El capitán Melchor Rodríguez además de Fray Diego de Ribas llevó a los misioneros Fray Pedro de la Concepción, Fray Francisco Romero, Fray Alonso de León y Fray Lázaro de Mazariegos. Poco trecho habían andado desde su salida de San Mateo cuando descubrieron huellas de indios las que los condujeron a un pueblo habitado por ellos y al que bautizaron con el nombre de Dolores. El pueblo lo encontraron abandonado, tenía como 100 viviendas, 2 más grandes como para reuniones y una que servía de adoratorio en donde encontraron ídolos raros, gallinas sacrificadas y braceiros con restos de copal. Acampados en este lugar se dedicaron a hacer batidas para lograr el retorno de los fugitivos.

El Presidente con su gente hizo un largo y penoso recorrido, y habiendo capturado varios soldados a un indio, éste los guió para el pueblo de Dolores, en donde se encontraron a las tropas del capitán Rodríguez que ya habían logrado hacer retornar a muchos lacandones al poblado. Fueron como misioneros de este grupo Fray Margil de Jesús y Fray Manuel Martínez.

Por último, el grupo capitaneado por Díaz de Velasco salió de Cobán y penetró a la región de los indios choles y mopanes, sometiénolos después de continuados esfuerzos fundando varios poblados.

Como la estación de las lluvias había llegado, los torren-

ciales aguaceros impidieron continuar los trabajos de la expedición por lo que se determinó el regreso a Guatemala, no sin dejar guarnecidos los poblados de choles y el pueblo de Dolores en donde permanecieron Fray Margil y Fray Blas Guillén entregados a su labor catequística.

Con respecto a la ayuda impartida por Urzúa, éste dispuso que el capitán Alonso García de Paredes saliese de Sacabchén con la gente que tuviese a sus órdenes y comenzase a abrir el camino; pero al practicarse un reconocimiento del terreno para comenzar la obra encontraron un poblado de indios infieles los que se defendieron flechando a los españoles que repelieron la agresión haciéndolos huir y cogiéndoles un prisionero, quien les informó que en la selva encontrarían muchos poblados como ese, razón que provocó el regreso de la gente, temerosa de internarse en corto número.

Al año siguiente fue organizada nueva expedición por el Oidor Decano D. José de Escals, pues el señor Barrios Leal falleció a fines de 1695. Fue jefe de ella D. Bartolomé de Amézquita, salió por Huehuetenango y llegó a Dolores encontrándolo muy aumentado en población y avanzada la conversión. Recorrió por varios lugares la montaña y logró llevar a más indios a Dolores; pero habiéndose hecho cargo del gobierno de Guatemala D. Gabriel Sánchez Berrospe, este personaje dispuso el regreso de la expedición, lo que se efectuó dejando en Dolores 30 soldados de guarnición.

Por este tiempo se comenzó a abrir el camino que debía hacer la gente de Urzúa; pero como tanto esta obra como la conquista que llevó a cabo dicho señor pertenecen a la historia de los itzaes no hago más que citar el hecho.

En 1697 abandonó Fray Margil el pueblo de Dolores por haber sido nombrado guardián del colegio de Santa Cruz de Querétaro, y aunque se continuó trabajando por la conversión de los indios, poco a poco el descuido hizo que este pueblo fuera abandonado y los lacandones volvieron a su vida errante y selvática.

Durante los primeros años del siglo XVIII no se volvió a oír hablar de los lacandones, las cédulas reales que ordenaban su reducción dormían entre el polvo de los archivos y pa-

recía que los misioneros habían olvidado la existencia de los indios gentiles, cuando la terrible sublevación de los tzenda-les y lacandones acaecida en 1712 vino a resucitar el recuerdo trágico de ellos. Era Alcalde Mayor de Chiapas, D Pedro Gutiérrez y Obispo de esta diócesis Fray Juan Bautista Alvarez de Toledo.

Los preparativos de esta sublevación se comenzaron a fines de 1711 cuando los indígenas del pueblo de Cancuc invitaron a 32 pueblos de indios a celebrar una reunión, la que tuvo verificativo en dicho lugar y en la que se acordó destruir el régimen imperante y pasar a cuchillo a todos los extraños a la raza indígena; los lacandones fueron invitados y participaron del parecer de sus compañeros.

No faltaron rumores alarmantes que hicieran del dominio de la autoridad lo pactado, ordenando ésta el establecimiento de un destacamento en el pueblo de Chilum (población que ya no existe), medida que aparentemente aplacó los ánimos y volvió más reservados a los indios.

Al aproximarse la fiesta católica de Trinidad, los indios que, seguramente, habían llegado a un acuerdo secreto, solicitaron el retiro del destacamento alegando que deseaban celebrar la fiesta citada y que temían resultara desairada si permanecían los soldados por el temor que su presencia causaba en los naturales, los que se abstendrían de concurrir, petición que les fue concedida en vista de que los rumores se habían desvanecido.

El día de la fiesta, 12 de junio de 1712, concurrieron muchos españoles de Ococingo, de Cuirá (pueblo que fue arrasado en dicha sublevación) y de otros pueblos comarcanos a Chilum y cuando se encontraban todos en la iglesia entregados a la celebración de las ceremonias rituales fueron interrumpidos por los frenéticos alaridos lanzados por los indios, quienes acometieron a los congregados en el templo y dieron principio a la matanza sin distinción de sexos y edades.

Después de este acto de barbarie los sublevados capitaneados por Juan García, Gaspar Pérez y Juan López, arrasaron a Cuirá y repitieron la matanza en Ococingo, sembrando

el espanto, la muerte y la desolación en gran extensión de la provincia de Tzendales.

Como el movimiento se realizó violentamente muchas personas radicadas en los pueblos cercanos trataron de ponerse a salvo, siendo las más de ellas asesinadas por las hordas indígenas frenéticas y sedientas de sangre y exterminio. Así cayeron los Padres Fray Marcos de Lambará, Nicolás Colindres, Simón de Lara, Juan Torres, Manuel Mariscal, Juan Gómez, Juan Campena y el Lic. D. Francisco Andrade, cura de Palenque.

Raudo llegó el espanto y la noticia a Ciudad Real, dando inmediatamente aviso del suceso el Alcalde al Presidente y Capitán General de Guatemala, D. Toribio Cosío y al Alcalde de Tabasco, D. Juan Francisco Medina, aprestándose a la defensa mientras recibía los auxilios pedidos.

De Ciudad Real para Huistán salió D. Fernando Monje al frente de 100 hombres, y sabedor de que los indios en número de 16,000 se encontraban posesionados del pueblo de Oxchuc se dirigió hacia aquel punto, avisando antes a Ciudad Real, comenzando a batirse con los indios antes de llegar al dicho pueblo, siendo al fin cercado gracias a la superioridad numérica.

El Alcalde Gutiérrez al recibir el aviso salió al frente de 400 hombres con los que causó tremenda derrota a los sublevados, fortificó el pueblo de Huistán y destacando a Nicolás Segovia para Oxchuc con suficiente gente retornó a Ciudad Real a donde había llegado D. Toribio Cosío con 800 hombres y el auditor de Guerra Lic. Diego Oviedo.

Bien pronto salió Cosío al frente de su gente teniendo el primer encuentro con los indios cerca de Oxchuc en donde los derrotó, posesionándose éstos, después de su derrota, del pueblo de Cancuc en donde se libró una sangrienta acción que terminó con la caída del citado pueblo en poder de las tropas españolas que hicieron numerosos prisioneros, contándose entre ellos los jefes García y Pérez que fueron ahorcados.

Después de este encuentro tuvo verificativo otro en Yajalón, aunque de poca importancia y con el que terminó la sublevación, pues los indios ya sin jefes y temerosos por los

enérgicos castigos aplicados a los prisioneros volvieron al orden.

Después de esta sublevación nadie se volvió a ocupar de los lacandones, sino hasta el año de 1790. Siendo cura de Palenque D. José Manuel Calderón observó a estos indios cuando llegaban al pueblo a vender los productos que cosechaban en corta cantidad y habiéndolos tratado concibió el proyecto de convertirlos y formar con ellos un pueblo. Comunicó su proyecto al intendente de Chiapas D. Agustín de las Cuevas Zayas, quien lo acogió y protegió dándole al cura mil pesos y los despachos necesarios para que fuera ayudado por las autoridades.

Acompañado de escasa comitiva salió el cura Calderón para la montaña, encontrando a poco de haberse internado un pueblo indígena cuyos habitantes al principio se alarmaron, pero habiendo entrado en confianza se acercaron al cura y entraron en pláticas. Este los convenció y ayudó a los indios para fundar una pequeña población, la que construyeron con humildes chozas de bajareque y huano, levantando una de mayores proporciones para iglesia. Cuarenta días se mantuvo en este pueblo el cura Calderón dedicándolos a la conversión, y al cabo de ellos retornó al Palenque dejando establecidos a los indios en el poblado por él fundado y que denominó San José de Gracia Real.

A su retorno el cura Calderón dió cuenta al Intendente del fruto de su misión, y este gobernante personalmente fue al pueblo aludido y palpó todo lo que le había dicho su fundador; pero como después de esta visita no se volvió a dictar ninguna disposición ni se tuvo empeño en continuar la labor, el pueblo poco a poco fue abandonado y los indios acabaron por internarse en la selva.

Antes de relatar lo poco que se ha hecho por los lacandones durante nuestra época independiente me parece oportuno ocuparme en relatar los datos que acerca de los usos y costumbres de esos indios nos legaron los misioneros que vivieron entre ellos, o los muy pocos cronistas, destacándose entre ellos Villagutierre, que escribieron acerca de todo lo que he relatado.

Los lacandones hablan el maya. Son muy aficionados a la caza y a la pesca; construyen sus cabañas entre los árboles, diseminadas y cerca de sus sementeras; son de estatura regular, algunos musculados; pero la mayoría no lo son. Usan el cabello crecido y enmarañado siendo negro y muy lacio; su piel es trigüeña; sus facciones regulares y su mirada viva y penetrante. No usan sombrero, su traje es en los hombres una túnica de algodón que les cubre hasta las pantorrillas y con mangas cortas. Cargan siempre sus flechas y su arco y son tiradores muy diestros.

Las mujeres son de facciones regulares; usan una enagua plegada y encima su huipil. Son las que preparan los alimentos, pozole, tortillas, carne de cacería y pescado, y las que hilan y tejen el algodón.

Son monogamos. Cultivan el maíz, tabaco, algodón, chile, frijol, algo de cacao, plátano y piñas; las indias crían gallinas y pavos.

Aman su vida selvática intensamente, bajan a los poblados a vender sus cultivos, principalmente el tabaco y el cacao, e invierten el producto en aguardiente al que son muy afectos.

Cuando estos indios se ven privados de su libertad para retornar a las selvas son presa de terrible melancolía, dejan de comer y de beber y mueren de tristeza y de inanición antes que adaptarse a una nueva vida.

Cierta vez, y de esto no hace mucho tiempo, bajaron a la Villa de Ocozingo varios lacandones para trocar sus productos por aguardiente y otras mercancías; pero como bebieran exageradamente y los ánimos se excitaban sobremanera uno de ellos hirió con un machete a uno de sus compañeros, razón por la cual fue internado a la cárcel pública. Disipada la embriaguez el indio suplicó por su libertad; pero como no se la concedieran se apoderó de él la melancolía que le produjo la nostalgia de sus montañas y a los tres días fue encontrado muerto en su calabozo.

Su religión es primitiva y con tintes de sabeísmo: son adoradores del sol. Su gobierno patriarcal; viven en familia y el más anciano es el que manda.

Ahora veamos, para terminar, el completo abandono en

que se ha tenido a estos indios en nuestra época independiente.

Después de la independencia comenzó la era de convulsiones políticas, tan inapropiada para ocuparse de mejoras, siendo la Legislatura chiapaneca de 1827 la que expidió el decreto de 27 de junio ordenando a las autoridades civiles y eclesiásticas de los pueblos de Palenque y Tumbalá que formaran pequeños poblados con los naturales que fueran reduciendo. La falta de fondos, de estímulo y de voluntad produjeron el fracaso de la orden y nada se llevó a efecto.

Algún tiempo después, en fecha que no he podido precisar, se expidió nuevo decreto que produjo un resultado idéntico al anterior. Y después de este esfuerzo, nada, absolutamente nada, se ha hecho para atraer a los indios lacandones de las selvas en que habitan con el fin de incorporarlos a la civilización y al progreso.

Gobiernos van y gobiernos vienen, todos diciéndose progresistas, todos titulándose amigos del indio; pero los pobres lacandones, cual si sobre ellos pesara enorme maldición, permanecen olvidados en lo tupido de las selvas y sumergidos en la degeneración atávica y en las densas obscuridades de la ignorancia.

Encontrándome en Chiapas en el año de 1926 supe que se había organizado una expedición científica para recorrer y conocer esa vasta Zona habitada por los lacandones, y efectivamente partió de esta ciudad la expedición patrocinada por las Secretarías de Educación Pública y Agricultura y Fomento. No dejó de llamarme la atención el que se hubiera escogido el tiempo de aguas, el más inoportuno, para llevarla a cabo. A Tuxtla Gutiérrez llegaron los expedicionarios, entre los que iban personas de reconocido saber y con la dosis suficiente de abnegación necesaria para esas rudas exploraciones; pero la gran mayoría distaba mucho de reunir las prendas citadas y la predicción del fracaso se hacía inminente. En efecto, la expedición fracasó redondamente, los expedicionarios tan solo llegaron a San Cristóbal Las Casas y allí dieron el toque de desbandada. Tan solo los señores Enrique Juan Palacios, Arqueólogo, Frank Tanenbaum, sociólogo y Miguel O. de Mendiábal, etnólogo, penetraron hasta las selvas del lacandón, y

aunque distaron de explorar y conocer la región a que me he referido, aportaron datos interesantes que compilados por el primer citado en la obra titulada "En los Confines de la Selva Lacandona, Exploraciones en el Estado de Chiapas - 1926" han circulado, rasgando en pequeñísima parte el secreto que aún rodea a esas selvas pródigas de vegetación y seductor misterio.

Al referirse a los lacandones dice el señor Palacios: "..... atrás de cerros boscosos de trescientos y cuatrocientos metros de altura, viven los famosos indígenas a cuya región al fin hemos llegado....."

"A partir de Comitán cruzamos las cañadas de Margaritatas, La Soledad, Medellín y La Floresta, en seguida la elevada mesa con los cerros de Santa Rosa y San Francisco que bajan al Vergel, y la herradura montañosa de Chiptic. Después la cañada de Santa Elena y Puerto Rico; a continuación la del Tzaconejá prosiguiendo la del Jataté, con Panabil y Santa Rita; y finalmente, la amplísima de El Real, con el Santa Cruz y El Naranja. Más allá vienen el San Hipólito y el Lacanjá, para afluir todas esas aguas al orgulloso Usumacinta."

"Llegamos al Caribal a hora temprana. De pronto, a nuestro arribo, los indígenas desaparecen, no quedando en las casuchas sino tres o cuatro mujeres ancianas; recobrada la confianza en presencia de nuestra actitud, poco a poco van presentándose."

"Yo creía que esto era más extenso; pero solo hallamos tres familias, una formada de cuatro personas, el hombre, la mujer, un muchacho y un niño. Otra se compone de un viejo y dos hijos, el mayor de los cuales está casado y tiene una criatura. En otra casa habitan una mujer y un niño y se nos dice que el marido hállase ausente. Patriarca del Caribal es un hombre de edad con mucho pasada de la madura. Llámánle Crispin Caxlan; esta segunda palabra significa *ladino*. Uno de los muchachos tiene por nombre Nojinde. Todos hablan un dialecto para nosotros desconocido; pero en el que los conocedores reconocen afinidades con el maya."

"Son muy contadas las palabras españolas que conocen, y éstas las han aprendido por su contacto con la gente de El Ca-

pulín; algunas veces llegan hasta El Real. Sin embargo, no gustan de estos viajes y cuando los realizan es en grupos muy pequeños, dos mujeres por ejemplo. Entre las palabras de nuestro idioma que mejor entienden (así como algunas expresiones) recogí las que siguen: escopeta, trago, pistola, peseta, peso, dinero, barato, caro, casa, camino, pesca, milpa, morir, santo, papá, dios, malo, mujer y corazón bueno. Para significar edad dicen tiempo. Conocen la palabra bonito, y usan las expresiones no quiere y quiere. Su pregunta más espontánea y frecuente dirigida al recién llegado, tocándole el pecho, es "¿corazón bueno?"

"Son los lacandones de estatura mediana, a juzgar por los del Caribe. Acusan un debilitamiento muy grande, efecto del clima y de la decadencia general de la raza. . . . El color es amarillo, de tonos verdosos, francamente enfermizo."

"No les faltan, sin embargo, rasgos en que se conservan los restos de una antigua hermosura. El perfil de los hombres es marcadamente palancano. . . . Tienen la barba hundida. Los ojos son grandes. Usan pelo muy largo, que es enteramente lacio y negrísimo. No les falta un bigotillo muy ralo y algo de barba. Las mujeres llevan trenza, que adornan con plumas de guacamaya y otras aves de colores. En uno y otro sexo el pie es pequeñísimo."

"Hombres y mujeres son con exceso tímidos. Muestran pavor por el catarro, recelando siempre que el recién llegado les aporte la entre ellos terrible enfermedad, que de seguro ha hecho grandes estragos en su pobre raza. Para precaverse de ese mal, buscan afanosamente el aguardiente."

"Visten las mujeres dos prendas: el huipil (camisa) y el cueitl (la falda); la primera sin mangas. Los hombres no llevan sino una a manera de manto o túnica de algodón que les cuelga de los hombros hasta las pantorrillas."

"Ocho o diez casas agradablemente diseminadas forman ese Caribe. Las paredes son de morillos derechos mezclados con otros atravesados, sujetos con lianas. Techos a dos aguas contruídos con limpísima chapaya, en masa de mucho espesor y sobresaliente a modo de alero, dando un aspecto pintoresco al conjunto. . . . Las cabañas perfectamente aseadas."

“Había una casa entre las chozas, a la que procuramos acercarnos lo menos posible, sabiendo de antemano que los lacandones ven en ella su templo o cosa parecida. Pero, de lejos pudimos apreciar que, encima de una a modo de mesa, hecha de tablas, hállanse varios tecomates o calabazos cerrados con trapos, al parecer muy apretados.”

“Las inmediaciones del caribal aparecen cultivadas, en pequeños claros abiertos a la selva Entre los diversos cultivos vimos maíz, base de la alimentación de los lacandones. Hay plátanos juntos con otros frutales. Para comerciar siembran tabaco, y una vez cosechado enrollan las hojas en mazos, los cuales truecan por aquellos artículos que desean, tales como aguardiente y cerillos.”

Tales fueron las observaciones hechas por el señor Palacios, que como él indica, solamente unas cuantas horas estuvo en el Caribal.

Estas son las páginas históricas que tengo el honor de presentaros y que encierran una triste realidad.

Puede ser que algún día espíritus progresistas traten de aportar a la civilización a esos lejanos descendientes de los señores de Palenque, que hoy viven rodeados por la selva y absorbidos por la degeneración.

Y ojalá también que algún día se lleve a cabo la exploración de esa vasta zona geográfica que nos es desconocida; pero procurando que las personas que la lleven a cabo reúnan a más de los conocimientos suficientes un decidido amor a esa labor y una dosis suficiente de abnegación. Si a esta benemérita Sociedad le fuera dable iniciar esa empresa yo pondría desde luego a su servicio, con todo desinterés especulativo, los escasos conocimientos que tengo del lejano Estado de Chiapas y gustoso contribuiría a su mayor esplendor.

Pero mientras eso llegue a suceder estoy seguro que en la soledad de las selvas y mansamente arrullados por el susurro de los arroyos y las raudas corrientes de los ríos los indios lacandones atrayendo a su memoria embotada por el aguardiente los tristes recuerdos de su pasada grandeza, recordarán los desaparecidos esplendores de Nachán, la antigua corte de los señores palencanos, y sin saberlo llegarán a

la conclusión encerrada en la "Imitación de Jesucristo": Sic Transit Gloria Mundi.

Nota: La noticia referente a la sublevación de los tzendales y lacandones acaecida en 1712 la tomé de la obra de D. Manuel Larraínzar. (tomo V, pág. 774). Yo dudo mucho que estos indios hayan tomado parte en el movimiento, y personas doctas en el asunto como D. Vicente Pineda en su obra "Las sublevaciones indígenas en Chiapas", y el conocido lingüista y etnólogo D. Marcos E. Becerra niegan tal intervención.

BIBLIOGRAFIA

Eligio Ancona.—Historia de Yucatán.—1917.

Lic. Juan Francisco Molina Solís.—Historia del Descubrimiento y conquista de Yucatán.—1898.

Manuel Larraínzar.—Historia de América, sus ruinas y antigüedades.—1878.

Tomás Gage.—Nueva Relación que contiene los viajes de Tomás Gage en la Nueva España.—1838.

Historia de la Conquista de la Provincia de el Itza, Reducción y Progresos de la de el Lacandón, y otras Naciones de Indios Bárbaros de la Mediación de el Reyno de Guatemala, a las Provincias de Yucatán, en la América Septentrional.—Escrívela Don Juan de Villagutierre Soto-Mayor.—1701.

Vida Portentosa del Americano Septentrional Apostol el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús, Fundador y ex-guardian de los Colegios de la Santa Cruz de Querétaro, de Christo Crucificado de Guatemala y de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas. Relación histórica de sus nuevas y antiguas maravillas, escrita por el Rev. P. Fraý Hermenegildo Vilaplana, Misionero apostólico, Lector de Sagrada Theología, Calificador del Santo Oficio y Cronista del referido Colegio de la Santa Cruz.—1775.

El Peregrino Septentrional Atlante: Delineado en la exemplarísima vida Del Venerable Padre Fr. Antonio Margil de Jesús. Escrivela Fr. Isidro Felix de Espinosa, Predicador y Misionero Apostólico, ex-guardian del Convento de Santa Cruz de Querétaro, su Chronista, y menor hijo.—Año de 1737.

Vicente Pineda.—Las sublevaciones indígenas en el Estado de Chiapas.

Flavio Antonio Paniagua.—Documentos y datos para un diccionario histórico-geográfico de Chiapas.

Enrique Juan Palacios.—En los confines de la selva lacandona. Exploraciones en el Estado Chiapas.—1926.

México, 17 de Septiembre de 1929.

BIBLIOGRAFÍA

El Pío Anónimo.—Historia de Yucatan.—1817.
 Lic. Juan Francisco Molina Solís.—Historia del Descubrimiento y conquista de Yucatan.—1878.
 Manuel Larrazabal.—Historia de America, sus ruinas y antedichos.—1878.
 Tomas Gayo.—Nueva Relacion que contiene los viajes de Tomas Gayo en la Nueva España.—1858.
 Historia de la Compañia de las Indias Occidentales y otras Naciones de las Indias Occidentales y de la Medicina de el Reyno de Guatemala, en las Provincias de Yucatan, en la America Septentrional.—Escrivela Don Juan de Villagutierrez Soto-Mayor.—1701.
 V. M. Fr. Antonio Margil de Jesús, fundador y ex-guardian de los Colegios de la Santa Cruz de Querétaro, de Christo Rey de Guatemala y de Nuevas Señas de Guatemala de las Indias Occidentales, de sus nuevas y antiguas misiones, escrita por el Rev. P. Fray Hermenegildo Villalpando, Misionero apostólico, lector de Sagrada Theologia, Calificador del Santo Oficio y Chancero del referido Colegio de la Santa Cruz.—1775.